

cree en Dios sino por la hurí inmortal que Mahoma prometió á los buenos creyentes; él, que por mi felicidad es capaz de todo, hasta de perder su alma, habrá intentado algo horrible! ¡Dios mio, Dios mio! ¡ven, ven, no nos detengamos! ¡Oh! ¡qué horror!

Giazul tiró de D. Pero Nuñez, y aunque la oscuridad era densa, con la lucidez de una sonámbula, vió la entrada de una espiral, y subió rápidamente por ella, llevando tras sí á D. Pero Nuñez, que podia decirse que ni aun sentia.

Tal era lo inmenso de la situacion.

Habia adivinado, y aquella ráfaga de adivinacion le habia anulado.

CAPITULO XIX.

En que se vé con cuánta impaciencia se esperaba á D. Pero Nuñez de Lara.

Penetremos en el castillo de Alfagor y en su cámara de honor, cámara característica de severas líneas, en que la elegancia y el buen gusto de la arquitectura árabe se armonizaban con la fuerza.

Era, como sabemos, la noche de Navidad, y mucho despues ya de haber mediado.

Se habia esperado desde el oscurecer á Don Pero Nuñez de Lara, cuya llegada aquella misma noche habia anunciado un escudero.

Doña Elvira habia pasado el tiempo que habia trascurrido desde la llegada del aviso, con

la ansiedad de la impaciencia, y en vano, ya avanzada la noche, su padre le habia dicho que la tormenta que habia sobrevenido era sin duda alguna la causa de la tardanza de su esposo.

Llegó la media noche, y el alcaide con su hija y con sus gentes hubo de ir á la capilla que en el castillo se habia habilitado, á la misa del Gallo, de la cual, teniendo en cuenta la fé de nuestros abuelos, no podia, ni aún por soñacion, prescindirse.

Pero durante la misa del Gallo, en la que hubo música de rabeles, zampoñas, laudes y otros instrumentos, y villancicos compuestos por el capellan, música ejecutada por algunos aldeanos que despues de la conquista se habian establecido en los alrededores, y que habian sido convidados por el doble motivo de la Noche-Buena y de las bodas de doña Elvira, ésta y su padre aparecieron muy tristes.

Aquejaba á doña Elvira un siniestro presentimiento, y su desesperado amor por Giazul se hacia sentir más que nunca en el alma de Pedro Cantueso de la Redondela.

Terminada la misa del Gallo, subieron todos, el alcaide, su hija, los escuderos que guardaban el castillo, á excepcion de los que guardaban los muros, los aldeanos todos, en fin, los que en

el castillo se encontraban, á la cámara de honor donde estaba preparada la ancha mesa que debia servir para la cena, no solo de Navidad, sino tambien de bodas.

En la grande chimenea, en el ancho y profundo hogar ardia un brillante fuego, alimentado por la leña que habia producido una encina.

A un lado del hogar, sentada en un sillón, envuelta en un ancho abrigo, se veía una figura lamentable y conmovedora; bajo una capellina de velludo, negra, bordada de plata, que representaba ser una persona noble la que la llevaba, y además de esto rica, aparecia un hombre cuya edad no podia definirse.

Habia pasado el límite de la ancianidad entrando en la decrepitud.

Su tez profundamente arrugada, habia tomado ese aspecto oscuro y leñoso de la piel de la momia.

Estaba profundamente demacrado.

Sobresalia su nariz afilada.

Se marcaban sus pómulos.

Sus blancas cejas eran pobladas, erizadas, salientes, revueltas.

Bajo ellas se veian dos profundos alvéolos, en cuyo fondo aparecian como dos viejas cicatrices en el lugar que debian haber ocupado los ojos.

La boca extraordinariamente sumida, aparecía oculta por una larguísima barba blanca.

Largas guedejas de cabellos como la plata asomaban por bajo la capellina, y, confundíendose con la barba, caían sobre el pecho.

Bajo las anchas mangas perdidas de su túnica de lana, bordada de plata, asomaban los muñones de sus brazos sin manos.

A pesar de esto, aquel viejo tenía espada.

Pendía de su pecho una doble cadena de oro de recios eslabones, como distintivo de su nobleza.

Era una ocasión de gran fiesta, de fiesta solemne, y se le había ataviado de gala.

Dos pajes y un escudero de gala también estaban de pie al lado de este viejo, atentos á servirle al primer movimiento, á la primera indicación.

Nuestros lectores han conocido ya quien este viejo era.

• Era el padre de Giazul.

En otro sillón, enfrente, ricamente vestida con una ostentosa túnica de tela árabe, porque tan rica sólo los árabes la hacían, de un delicadísimo brocado de oro en fondo azul de cielo cortado á la moda castellana, con joyero de oro á la cintura y collares de oro y perlas á la gar-

ganta, toca de brocatel de plata en blanco, grandes arracadas de perlas, con aforcas de oro macizo en los deliciosos brazos, tendidas por delante las anchas trenzas rubias en que se entretegian también perlas, con el blason de su casa en el ángulo superior de la falda izquierda, aparecía doña Elvira, hermosísima, pálida, meditabunda, afanada, cuidadosa.

Aquel ostentoso traje de bodas, y las joyas que la engalanaban, eran un regio regalo de bodas de la reina doña Constanza de Borgoña, mujer de Alfonso VI, de quien, como sabemos, había sido menina favorita doña Elvira.

La enamorada jóven se había puesto aquel magnífico traje palpitando de amor, agonizando de impaciencia, hacia ya muchas horas, por la tarde.

Cada minuto que había trascurrido sin que apareciese su desposado había sido para ella una eternidad de penas.

Cuatro jóvenes doncellas de su servidumbre, porque Pero Cantueso de la Redondela, su padre, era muy rico á causa de los territorios conquistados á los moros, ya lidiando solamente con el Cid por el rey, ya con el Cid, pero bajo el estandarte real, aparecían sentadas en escabeles á los pies de doña Elvira.

Una respetable dueña, con gran mongil, estaba sentada en una silla más baja á la derecha de su señora, y detrás del sillón de ésta aparecían dos hermosas y jóvenes esclavas negras, vestidas de rojo.

En un ángulo de la extensa cámara que ocupaba, á excepcion de la escalera y una galería, todo el espacio de la torre, habia un tablado de poca altura, donde aparecían los músicos.

Dos juglares y dos juglaresas, que por acaso habian pasado el día anterior por el castillo, mezcla de trovadores y saltimbanquis, estaban allí para armonizar con sus cantos, y sus bailes y sus juegos de cubiletes y sus botargadas, la fiesta.

Los escuderos, armados como en un día de gala y de batalla, se veían á un lado sentados en escabeles ó de pié, en grupos.

Al otro lado, los aldeanos de ámbos sexos, estaban agrupados también, esperando impacientes á D. Pero Nuñez de Lara.

En el testero de la mesa, estaba sentado, triste y meditabundo, con su hábito gris ceniciento, el capellán del castillo, monje de la orden del Cister.

Por el lado derecho de la cámara, partiendo de la chimenea, cubierto con su espesa y relu-

ciente loriga, ceñidos la cintura, las caderas y la parte inferior del pecho, por fajas de limpio acero rebatido á la espalda el capellar, ceñida sobre el vientre la ancha y corta espada, descubierta, la cabeza, ornamentada de una poblada cabellera entrecana, ámplia y luenga la crespa barba sombrío el semblante, y dejando ver de tiempo en tiempo una mirada insensata en sus tordos ojos negros, se paseaba Pero Cantueso de la Redondela, haciendo sonar de una manera acompañada las anchas y agudas rodajas de sus grandes espuelas.

En aquellos tiempos, las gentes se armaban de todas armas como para ir á la guerra para asistir á una solemnidad, tanto mas, cuanto esta solemnidad era la boda de una gran dama.

Era el carácter de la época.

Aun las razas teutónicas conservan hoy ese resábido feudal y lo han establecido como moda.

No visitará un soberano á otro sin llevar el formidable casco, la redoblada coraza, la espada enorme, las altas botas de montar con espuelas.

Así se sentarán á la mesa del banquete, así bailarán, no sabemos con cuánta fatiga, así se casarán, y de tal manera armados entrarán en

la ostentosa cámara nupcial, donde la esposa estremecida les espera.

No sabemos si Marte se desarmará ante Venus.

Pero creemos que nó.

Este es un gravámen á lo que creemos de las esposas reales.

La real persona no puede despojarse de los atributos de su fuerza, como si dijéramos, de su espantable piel de fiera humana.

Es necesario relucir, causar respeto, imponerse al vulgo, en una palabra, revestirse con todo el esplendor de la ridiculez.

No comprendemos un arnés bailando, aunque le comprendemos sí en las primeras filas del combate.

No comprendemos ante la beldad tímida, la lucha del pudor y el amor en el momento supremo de la consagración del matrimonio, en un tal aparato de guerra, como si se tratara de asaltar un castillo roqueño.

En fin, se tiene en la impertinencia de conservar maneras y costumbres que hoy no tienen razón de ser, porque representan cosas muertas y no hay que tener paciencia por ello, sino reírse de ello á mandíbulas batientes aunque se ofendan los egregios señores que van dando en la

manía, no ya sólo de estacionar á la humanidad, sino de hacerla retroceder.

Y todo esto es fantasía porque ningun rey se bate.

Pasaron aquellos tiempos en que embestian lanza en ristre al frente de sus caballeros.

Podría decirse apropósito de esto, aquello de Catalina de Rusia, pero invirtiéndolo:

"Si votos para que rejus."

Si no os habeis de batir, ¿para qué es la armadura?

¡Ah, sí! el distintivo, el símbolo.

Pero hay demasiada exageración.

Una casaca muy bordada bastaría.

No sabemos qué impulso extraño de desengaño nos entra cuando vemos en una gran lámina en uno de los periódicos ilustrados extranjeros una de estas ceremonias en que se suceden la recepción, el banquete, el espectáculo, la boda, y vemos al rey tal, y al rey cual, y al príncipe ache y al gran duque erre armados hasta los dientes, con la barba crespada, la mirada hosca, alternando con delicadas damas ostentosamente vestidas, deliciosas, vaporosas, ideales.

No parece sino que aquellos tremendos señores se forran de acero para defenderse del amor.

Causa, en verdad, un efecto inexplicable ver

á un señor egregio comiendo pavo trufado, con toda la delicadeza prescrita por las buenas maneras á la moda, mientras que de su costado pende cayendo de cualquier manera un espadon, que ni el de D. Gaiferos, cuyos tirantes salen por debajo de la coraza.

Por un lado se descubren unas piernas generalmente sutiles, forradas por unas guerreras botas.

Y para que nada falte, el dibujante ha colocado artísticamente al pié de la silla un casco de oro con siete coronas, de manera que puede decirse: hé aquí un señor que come en una plaza sitiada por el enemigo, y que tiene todos sus trebejos de matar á mano para pasar, si es preciso, de un salto desde el sillón dorado á los arzones de batalla.

Pero entónces, ¿á qué ese lujo débil, afeminado, florido, del servicio de la larga mesa?

¿A qué los valiosos, los refinados y bellísimos atavíos de esas bellísimas damas?

Ridículo, completamente ridículo.

Esto se comprende en la edad de hierro, en plena situación feudal, pero hoy no representa otra cosa que, ó una insensatez que inspira compasión, ó un ridículo que hastía.

Por fortuna, nosotros los españoles, y aún los

franceses y los italianos, no hemos dado en esto.

Esto se queda para los osos del Norte, á los que se parecen mucho los frios ingleses.

Ellos conservan el símbolo porque ansían restablecer el orden de cosas que el símbolo representa.

Pues bien, guarda la revolucion, guarda la raza latina.

Todo lo que se veía en la cámara de honor del castillo de la Mujer Muerta aquella noche estaba en armonía con su tiempo, y era bello y aún magnífico porque tenía razón de ser.

Todo allí era rudo, estancia, personas, atavíos, servicio de mesa, todo potente, hasta aquella hoguera que templaba la extensa cámara.

Y en cuanto al atavío de doña Elvira un solo feston de blonda del traje de una gran duquesa, bastaría para pagar con su precio sobradamente la equivalencia del valor de lo que llevaba sobre sí doña Elvira.

Allí todo estaba vivo y palpitante, mientras que hoy solo se presenta por algunos soberbios tenaces el esqueleto resplandeciente y agresivo del feudalismo muerto.

Es una cosa falsa en contraposición con la civilización, es la representación de ese crimen

bárbaro que aún existe, que se llama guerra, y que es de todo punto repulsivo y odioso.

¡La estúpida é infame soberbia como nunca acaparada por unos pocos, por los semi-dioses tenaces que están ya fuera de cuadro!.....

CAPITULO XX.

En que se dá cuenta de una catástrofe que vá más allá de lo imaginable.

Todo era sombrío por la situacion en aquel momento.

Se hablaba, pero en los grupos y en voz baja.

Parecia como que algo fatal llenaba con una atmósfera pesada y triste aquel espacio.

Acababan de completar el sombrío efecto, dándole algo de fantástico, los mugidos del viento que se rompía silbando roncamente en las almenas y en los peñascales, haciendo rechinar las vidrieras de colores; el relámpago que de tiempo en tiempo trasparentaba aquellas mismas vidrieras, su vivo, rápido y tembloroso fulgor lívido, el trueno que naciendo allá en las profun-